

Santa Teresa de Jesús

en español actual



Las moradas del castillo interior

© Gonzalo García Olagorta 2025

Traducción al español moderno y edición:

Gonzalo García Olagorta (Gongarola)

Independently published

www.gongarola.com

ISBN: 9798289950505

Reservados todos los derechos de la traducción, del prefacio y de las notas.

Sin embargo, se autoriza el uso de buena fe de fragmentos significativos de esta obra como referencias en otras producciones editoriales o para su libre difusión con fines pedagógicos. En tal caso, se agradece la cortesía de mencionar la fuente.

Lo único que no se permite es copiar y comercializar o difundir en un único documento la totalidad de la obra o sus diferentes partes en ningún soporte.

ÍNDICE

Índice	5
Prefacio	7
Las moradas del castillo interior	9
INTRODUCCIÓN	11
PRÓLOGO	11
PRIMERAS MORADAS	13
CAPÍTULO 1	13
CAPÍTULO 2	16
SEGUNDAS MORADAS	24
CAPÍTULO ÚNICO	24
TERCERAS MORADAS	29
CAPÍTULO 1	29
CAPÍTULO 2	33
CUARTAS MORADAS	39
CAPÍTULO 1	39
CAPÍTULO 2	45
CAPÍTULO 3	49
QUINTAS MORADAS	55
CAPÍTULO 1	55
CAPÍTULO 2	60
CAPÍTULO 3	65
CAPÍTULO 4	70
MORADAS SEXTAS	74
CAPÍTULO 1	74
CAPÍTULO 2	80
CAPÍTULO 3	83
CAPÍTULO 4	89
CAPÍTULO 5	94
CAPÍTULO 6	98
CAPÍTULO 7	103
CAPÍTULO 8	108
CAPÍTULO 9	112
CAPÍTULO 10	117
CAPÍTULO 11	120
SÉPTIMAS MORADAS	124
CAPÍTULO 1	124
CAPÍTULO 2	128
CAPÍTULO 3	132
CAPÍTULO 4	137
EPÍLOGO	142

Obras del mismo autor 144

PREFACIO

Las moradas del castillo interior es una de las cumbres de la espiritualidad cristiana y de la literatura mística universal. En ella, Santa Teresa de Jesús traza un mapa del alma en su viaje hacia la unión con Dios, describiendo con lucidez y profundidad las distintas etapas del camino interior, desde los primeros despertares espirituales hasta la plena transformación en el Amor.

Sin embargo, el paso del tiempo ha vuelto su lenguaje difícilmente accesible para muchos lectores actuales. El castellano del siglo XVI, con su sintaxis compleja y sus giros arcaicos, puede convertirse en un obstáculo que impide apreciar la frescura, la claridad y la hondura del mensaje teresiano.

Esta edición nace precisamente del deseo de superar esa barrera. No se trata de una adaptación superficial ni de una simplificación didáctica, sino de una versión cuidadosamente modernizada del texto original. Cada frase ha sido revisada con rigor para conservar su sentido esencial y su fuerza expresiva, pero vertida en un español contemporáneo que facilite una lectura fluida, íntima y directa.

El propósito de esta edición es acercar la voz viva de Teresa al lector de hoy, respetando su estilo, su pasión, su humor y su profundidad, pero liberándola de las formas lingüísticas que hoy podrían dificultar su comprensión. El resultado es una obra que puede leerse con naturalidad, sin perder por ello el sabor inconfundible de su autora.

Quienes deseen profundizar más en el pensamiento de Teresa encontrarán también una edición comentada de *Las moradas del castillo interior*, donde esta modernización se amplía con una exégesis detallada de su doctrina, así como con notas culturales, históricas y bíblicas que enriquecen y contextualizan su enseñanza.

Ambas versiones —la presente y la comentada— tienen como único propósito facilitar el acceso a una obra que no ha perdido ni un ápice de actualidad y que sigue siendo un faro luminoso para quienes buscan comprenderse a sí mismos y vivir en plenitud.

Más información en www.gongarola.com.

Las moradas del castillo interior

Este tratado, llamado Las moradas del castillo interior, lo escribió Teresa de Jesús, monja de Nuestra Señora del Carmen, para sus hermanas e hijas, las monjas carmelitas descalzas.



Santa Teresa de Jesús

INTRODUCCIÓN

Este libro contiene avisos y consejos que Teresa de Jesús dirige a sus hermanas religiosas e hijas espirituales de los monasterios que, con la ayuda de nuestro Señor y de la gloriosa Virgen Madre de Dios, nuestra Señora, ha fundado según la Regla primitiva de la Orden de Nuestra Señora del Carmen. Lo dirige especialmente a las hermanas del Monasterio de San José de Ávila, que fue el primero que fundó y donde ella era priora al momento de escribir estas palabras.

En todo lo que diga en este libro, me someto a lo que enseña la Santa Iglesia Romana, y si en algo me aparto de ello, será por ignorancia. Por eso pido, por amor de nuestro Señor, que los teólogos que lo revisen lo examinen detenidamente y corrijan cualquier error, así como otras faltas que sin duda habrá en muchas otras cosas.

Si hay algo de valor en lo escrito, sea para gloria y honor de Dios y para servicio de su santísima Madre, nuestra Patrona y Señora, bajo cuyo hábito tengo la dicha de vivir, aunque soy muy indigna de llevarlo.

PRÓLOGO

1. Pocas cosas que me ha mandado la obediencia me han resultado tan difíciles como escribir ahora sobre temas de oración. Por un lado, porque no siento que el Señor me conceda el espíritu ni el deseo para hacerlo; por otro, porque desde hace tres meses tengo un ruido y una debilidad en la cabeza tan grandes que incluso escribir sobre asuntos necesarios me cuesta mucho. Sin embargo, comprendiendo que la fuerza de la obediencia suele allanar cosas que parecen imposibles, mi voluntad se decide a hacerlo con buena disposición, aunque mi naturaleza se resista, pues el Señor no me ha dado tanta fortaleza como para que el luchar continuamente con la enfermedad y con diversas ocupaciones no suponga una gran contradicción. Que lo haga Aquel que ha hecho otras cosas más difíciles para concederme su gracia, en cuya misericordia confío.

2. Bien creo que sabré decir poco más de lo que ya he escrito en otras ocasiones por mandato, e incluso temo que sean casi las mismas cosas; porque, así como los pájaros enseñados a hablar no saben más que lo que se les muestra o lo que oyen, y eso repiten una y otra vez, así soy yo, literalmente. Si el Señor quiere que diga algo nuevo, Su Majestad me lo dará o querrá traerme a la

memoria lo que he dicho antes, lo cual me bastaría, pues tengo tan mala memoria que me alegraría acertar a recordar algunas cosas que se consideraron bien dichas, por si se hubieran perdido.

Si el Señor no me concede ni siquiera esto, con el solo hecho de esforzarme y empeorar mi dolor de cabeza por obediencia, ya quedaré con ganancia, aunque de lo que escriba no se obtenga ningún provecho.

3. Así comienzo a cumplir con este mandato hoy, día de la Santísima Trinidad, año de 1577, en este monasterio de San José del Carmen en Toledo, donde me encuentro actualmente, sometiéndome en todo lo que diga al juicio de quienes me han ordenado escribir, que son personas de grandes conocimientos.

4. Si dijera algo que no esté conforme con la doctrina de la santa Iglesia Católica Romana, será por ignorancia y no por mala intención. Esto se puede tener por cierto, y que siempre estoy y estaré, por la bondad de Dios, sujeta a ella, como lo he estado hasta ahora. Sea bendito y glorificado por siempre. Amén.

5. Me dijo quien me mandó escribir que, como estas monjas de los monasterios de Nuestra Señora del Carmen necesitan que alguien les aclare algunas dudas sobre la oración, y le parecía que entre mujeres se entienden mejor, además de que, por el amor que me tienen, prestarían más atención a lo que yo les dijera, considera que podría ser de alguna utilidad si logro expresar algo provechoso. Por eso, me dirigiré a ellas en lo que vaya escribiendo.

Y porque parece un desatino pensar que esto pueda ser de utilidad para otras personas, me consideraría muy favorecida por nuestro Señor si alguna de ellas llegara a aprovecharlo para alabarle un poco más. Bien sabe Su Majestad que no pretendo otra cosa; y está muy claro que, si acierto a decir algo de provecho, se entenderá que no es mérito mío, pues no hay razón para ello, salvo tener tan poco entendimiento como escasa habilidad para cosas de esta naturaleza, si el Señor, por su misericordia, no me la concede.

PRIMERAS MORADAS

CAPÍTULO 1

En que se trata de la hermosura y dignidad de nuestras almas, se pone una comparación para entenderlo, y se explica la ganancia que supone conocerla y reconocer las mercedes que recibimos de Dios, así como que la puerta de este castillo es la oración.

1. Estando hoy suplicando a nuestro Señor que hablara por mí —pues no acertaba a encontrar qué decir ni cómo comenzar a cumplir con esta obediencia—, se me ocurrió lo que ahora diré para empezar con algún fundamento: considerar nuestra alma como un castillo hecho enteramente de diamante o de un cristal muy claro, en el que hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas.

Si lo pensamos bien, hermanas, el alma del justo no es otra cosa que un paraíso donde, según dice el Señor, Él encuentra sus deleites. Pues ¿cómo imagináis que será la estancia en la que se deleita un Rey tan poderoso, tan sabio, tan puro, y lleno de todos los bienes? No encuentro con qué comparar la gran hermosura de un alma y su inmensa capacidad, y verdaderamente nuestros entendimientos —por agudos que sean— apenas pueden comprenderla, del mismo modo que no pueden abarcar la grandeza de Dios. Él mismo dice que nos creó a su imagen y semejanza. Si esto es así, como lo es, no hay por qué cansarnos queriendo entender la hermosura de este castillo, porque, aunque haya entre él y Dios la diferencia propia entre el Creador y la criatura, basta que Su Majestad haya dicho que el alma está hecha a su imagen para que apenas podamos concebir su gran dignidad y belleza.

2. Es una verdadera lástima y motivo de confusión que, por culpa nuestra, no nos entendamos a nosotras mismas ni sepamos quiénes somos. ¿No sería una gran ignorancia, hijas mías, que alguien fuera preguntado quién es y no supiera reconocerse, ni supiera quién fue su padre, su madre, ni de qué tierra procede?

Pues si eso sería una gran necesidad, aún mayor es la que mostramos nosotras cuando no procuramos saber qué somos, limitándonos a pensar solo en nuestros cuerpos. Así, de manera superficial, porque lo hemos oído y la fe nos lo enseña, sabemos que tenemos un alma; pero pocas veces reflexionamos

sobre los bienes que hay en ella, quién habita en su interior o el gran valor que posee. Por eso, apenas nos esforzamos en conservar con todo cuidado su hermosura; todo nuestro interés se centra en la grosería del envoltorio, que es este cuerpo, la mera corteza de este castillo.

3. Consideremos, pues, que este castillo tiene —como he dicho— muchas moradas: unas en lo alto, otras en lo bajo, otras a los lados, y en el centro, en el corazón de todas ellas, se encuentra la más principal, donde suceden los encuentros más secretos entre Dios y el alma.

Es necesario que prestéis atención a esta comparación. Quizá Dios quiera servirse de ella para daros a entender algo sobre las mercedes que se digna conceder a las almas y las diferencias que hay entre ellas, hasta donde yo haya comprendido que es posible; porque entenderlas todas sería imposible para nadie, dado que son muchas, y más aún para alguien tan miserable como yo. Sin embargo, os será de gran consuelo saber que es posible recibir estas gracias cuando el Señor os las conceda; y para quien no las reciba, será motivo de alabar su inmensa bondad. Del mismo modo que no nos perjudica considerar las maravillas del cielo y lo que gozan los bienaventurados —antes bien, nos alegra y nos impulsa a aspirar a esos bienes—, tampoco nos hará daño comprender que, incluso en este destierro, es posible que un Dios tan grande se comunique con criaturas tan indignas y llenas de miseria como nosotras, y que ame con tanta bondad y misericordia sin medida.

Estoy convencida de que, si a alguien le resulta ofensivo o le hace daño creer que es posible que Dios conceda tales mercedes en este mundo, esa persona carece de verdadera humildad y del amor debido al prójimo. Porque si no es así, ¿cómo no habríamos de alegrarnos de que Dios haga estas gracias a un hermano nuestro, si eso no impide que también pueda hacérmolas a nosotras? Además, Su Majestad manifiesta sus grandezas en quien le place, a veces solo para mostrarlas, como ocurrió con el ciego al que dio la vista cuando los apóstoles le preguntaron si se debía a sus pecados o a los de sus padres. Así sucede que, en ocasiones, no concede estas gracias por la mayor santidad de quien las recibe en comparación con otros, sino para que se conozca su grandeza, como vemos en San Pablo o en María Magdalena, y para que nosotros le alabemos en sus criaturas.

4. Podría decirse que estas cosas parecen imposibles y que conviene no escandalizar a los más débiles en la fe. Pero se pierde menos si ellos no lo creen, que si dejamos de aprovechar a quienes Dios concede estas mercedes. Además, estos se alegrarán y se despertarán a un amor más fervoroso hacia Aquel que realiza tantas misericordias, siendo tan grande su poder y majestad. Y más aún, sé que hablo con personas en quienes no existe este peligro, porque saben y creen que Dios muestra aún mayores muestras de amor. Estoy segura de que

quien no crea esto no lo experimentará por sí mismo, pues Dios es muy amigo de que no se pongan límites a sus obras. Por eso, hermanas, jamás os ocurra a las que el Señor no lleve por este camino.

5. Volviendo a nuestro hermoso y deleitoso castillo, hemos de considerar cómo podremos entrar en él.

Puede parecer que digo un disparate, porque si este castillo es el alma, está claro que no hay necesidad de entrar en él, puesto que ya somos ese castillo. Sería como decirle a alguien que entre en una habitación en la que ya se encuentra. Pero debéis entender que hay una gran diferencia entre *estar* y *estar*. Hay muchas almas que se quedan en la ronda exterior del castillo, donde están los que lo guardan, y no se preocupan en absoluto por entrar dentro ni saben qué hay en ese lugar tan precioso, ni quién habita en su interior, ni siquiera qué estancias posee.

Ya habréis leído en algunos libros de oración que se aconseja al alma que entre dentro de sí misma; pues eso es precisamente lo que quiero decir.

6. Me decía hace poco un gran letrado que las almas que no practican la oración son como un cuerpo paralítico o tullido, que, aunque tiene pies y manos, no puede moverlos a su voluntad. Así son estas almas: tan enfermas y acostumbradas a quedarse en cosas exteriores que no hay remedio ni parece posible que puedan entrar dentro de sí mismas. La costumbre las ha llevado a tratar siempre con las sabandijas y bestias que habitan en el cerco exterior del castillo, de modo que casi se han hecho semejantes a ellas. Y, siendo por naturaleza tan ricas y capaces de conversar con nada menos que con Dios, no hay modo de que lo logren.

Si estas almas no procuran entender y remediar su gran miseria, acabarán convertidas en estatuas de sal por no volver la mirada hacia su interior, tal como le sucedió a la mujer de Lot por volver la vista atrás.

7. Según lo que puedo entender, la puerta para entrar en este castillo es la oración y la consideración. No digo solo la oración mental, sino también la vocal, siempre que sea oración hecha con verdadera reflexión. Porque quien no advierte con Quién está hablando, qué es lo que pide, quién es él mismo para pedirlo y a Quién se dirige, yo no lo considero oración, aunque mueva mucho los labios. Es cierto que, en ocasiones, puede serlo, aunque no lleve este cuidado, pero será porque en otras ocasiones sí lo ha tenido.

Sin embargo, quien tenga por costumbre hablar con la majestad de Dios como si hablara con su criado, sin fijarse en lo que dice ni en si lo dice bien, limitándose a repetir palabras que ha aprendido por rutina, yo no lo tengo por oración. ¡Dios no permita que ningún cristiano ore de esta manera! Y confío en Su Majestad que entre vosotras, hermanas, no se dará este caso, por la

costumbre que tenéis de tratar asuntos interiores, lo cual es un gran bien para no caer en semejante necesidad.

8. No hablemos, pues, de estas almas paralizadas, que, si el mismo Señor no viene a levantarlas —como al paralítico que llevaba treinta años junto a la piscina—, están en gran desventura y peligro. En cambio, hablemos de aquellas otras almas que, al menos, entran en el castillo. Aunque estén muy inmersas en el mundo, tienen buenos deseos y, de vez en cuando, aunque sea de tarde en tarde, se encomiendan a nuestro Señor y reflexionan sobre quiénes son, aunque no lo hagan con mucha profundidad.

Tal vez una vez al mes, en medio de mil ocupaciones, se detienen a rezar, aunque su pensamiento suele estar disperso en otras cosas, porque están tan apegadas a ellas que, como dice la Escritura, «donde está tu tesoro, allí está tu corazón». Sin embargo, algunas veces logran apartarse un poco y tomar conciencia de sí mismas, lo cual es ya un gran paso para reconocer que no van bien y para encontrar la puerta.

Entran, pues, en las primeras estancias de la parte baja del castillo, pero lo hacen acompañadas de tantas sabandijas que ni les permiten ver la hermosura del castillo ni encontrar la paz. Aun así, es mucho que hayan conseguido entrar.

9. Os parecerá, hijas mías, que esto es innecesario, pues por la bondad del Señor vosotras no os encontráis en ese estado. Pero debéis tener paciencia, porque no sabré explicaros, como yo lo entiendo, algunas cosas interiores de la oración si no es de este modo. Y aun así, quiera Dios que acierte a deciros algo, porque es muy difícil expresar lo que desearía daros a entender si no se tiene experiencia. Si la tenéis, veréis que es imposible hablar de estas cosas sin tocar lo que, quiera el Señor, no nos toque a nosotras por su misericordia.

CAPÍTULO 2

Se habla de lo horrible que es un alma en pecado mortal y de cómo Dios quiso mostrarle esto a una persona. También trata sobre el conocimiento de uno mismo. Es un tema provechoso, pues hay algunos puntos importantes que considerar. Se explica cómo deben entenderse estas moradas.

1. Antes de continuar, quiero que reflexionéis sobre lo que significa ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla preciosa, este árbol de la vida plantado en las aguas vivas de la vida, que es Dios, cuando cae en pecado

mortal. No existen tinieblas más oscuras ni cosa tan sombría que pueda compararse con ello. Aunque el mismo Sol, que le daba su luz y hermosura, sigue estando en el centro del alma, es como si no estuviera, porque el alma ya no participa de Él, a pesar de ser tan capaz de reflejar Su Majestad como el cristal lo es para reflejar la luz del sol. No le sirve de nada.

Por eso, todas las buenas obras que haga una persona en estado de pecado mortal no producen fruto para alcanzar la gloria, porque no proceden de ese principio que es Dios, de Quien viene toda virtud. Al estar apartada de Él, esas obras no pueden ser agradables a sus ojos. En definitiva, quien comete un pecado mortal no busca complacer a Dios, sino al demonio, que es la misma oscuridad, y así el alma queda sumida en una tiniebla total.

2. Conozco a una persona a quien el Señor quiso mostrar cómo queda un alma después de cometer un pecado mortal. Dice que, si los seres humanos pudieran comprenderlo, sería imposible que alguien volviera a pecar, aunque tuviera que soportar los mayores sufrimientos para evitar las ocasiones de pecado. Por eso deseaba con gran fervor que todos pudieran entenderlo. Ojalá vosotras, hijas mías, sintáis ese mismo deseo de orar mucho por quienes están en este estado de oscuridad total, porque así son también sus obras.

Del mismo modo que de una fuente cristalina brotan arroyos limpios, en un alma en gracia sus obras son agradables a Dios y a los hombres, ya que proceden de esa fuente de vida donde el alma está plantada como un árbol, recibiendo de allí su frescura y su fruto. Sin esa fuente, el árbol se secaría y no daría buenos frutos. En cambio, el alma que, por su culpa, se aparta de esta fuente y se arraiga en otra de aguas negras y malolientes, todo lo que brota de ella es desventura y suciedad.

3. Es importante entender que la fuente y ese sol resplandeciente que habita en el centro del alma no pierden su luz ni su hermosura, pues nada puede empañar su perfección. Pero si sobre un cristal que está al sol se coloca un paño negro, es evidente que, aunque el sol siga brillando, su luz no podrá atravesar el cristal ni reflejarse en él.

4. ¡Oh, almas redimidas por la sangre de Jesucristo! ¡Entendedlo y tened compasión de vosotras mismas! ¿Cómo es posible que, comprendiendo esto, no os esforcéis por limpiar esa suciedad que oscurece el cristal de vuestra alma? Recordad que, si la vida se os acaba en este estado, jamás volveréis a gozar de esa luz. ¡Oh, Jesús! ¡Qué terrible es ver un alma apartada de esa luz! ¡Qué desolados quedan los aposentos del castillo! ¡Qué confusión reina en los sentidos, que son como los habitantes del castillo! Y las potencias del alma, que son como los gobernantes y administradores, ¡qué cegadas están y qué mal gobiernan!

En fin, si el árbol que está plantado en el alma es el demonio, ¿qué buen fruto podría dar?

5. Oí una vez a un hombre espiritual decir que no se asombraba de las cosas que pudiera hacer una persona en pecado mortal, sino de lo poco que hacía, considerando el estado en el que se encontraba. Que Dios, por su misericordia, nos libre de tan gran mal, porque no hay nada en esta vida que merezca el nombre de "mal" como esto, ya que acarrea males eternos. Esto, hijas mías, es lo que verdaderamente debe causarnos temor y lo que debemos pedir a Dios en nuestras oraciones. Porque, si Él no guarda la ciudad, en vano trabajamos, ya que somos frágiles y propensas a la vanidad.

Aquella persona de la que hablé sacó dos grandes lecciones de la gracia que Dios le concedió. La primera fue un profundo temor de ofenderle, rogándole siempre que no permitiera que cayera en pecado, al ver cuán terribles son sus consecuencias. La segunda, un espejo para la humildad, al comprender que todo bien que hacemos no tiene su origen en nosotras mismas, sino en esa fuente donde está plantado el árbol de nuestras almas y en ese sol que da calor a nuestras obras.

Decía que esto se le representaba con tanta claridad que, al hacer algo bueno o verlo en otros, acudía a su verdadero origen y comprendía que, sin la ayuda de Dios, no podríamos hacer nada. De ahí le nacía un impulso inmediato de alabar al Señor, olvidándose casi por completo de sí misma cuando hacía el bien.

6. No será tiempo perdido, hermanas, el que dediquéis a leer esto, ni el que yo empleo en escribirlo, si logramos quedarnos con estas dos enseñanzas. Los letrados y entendidos las conocen bien, pero nuestra simplicidad, como mujeres, necesita de estas comparaciones, y quizá por eso el Señor quiere que lleguen a nuestro conocimiento. Que su bondad nos conceda la gracia de entenderlo.

7. Las cosas del alma son tan difíciles de comprender que alguien tan ignorante como yo necesita decir muchas cosas innecesarias e incluso desacertadas para poder acertar en alguna. Deberá tener paciencia quien lo lea, del mismo modo que yo la tengo para escribir sobre lo que no sé. A veces, de hecho, tomo el papel como si fuera una tarea vacía, sin saber qué decir ni cómo empezar. Pero comprendo que es importante para vosotras explicar, en la medida de lo posible, algunas experiencias interiores de la oración.

Siempre oímos decir cuán buena es la oración y nos han enseñado a practicarla durante determinadas horas, pero pocas veces se nos explica más allá de lo que nosotras mismas podemos entender. De las obras sobrenaturales que Dios realiza en el alma, se habla poco. Sin embargo, si se expone de diversas

maneras, encontraremos consuelo al reflexionar sobre este arte celestial interior, tan poco conocido por los mortales, aunque muchos caminen por ese sendero.

Y aunque en otros escritos el Señor me ha concedido cierta comprensión, entiendo que algunas cosas no las había captado del todo hasta ahora, especialmente las más difíciles. El problema es que, para llegar a esas verdades, tendré que repetir cosas muy conocidas, porque no puedo hacerlo de otro modo con mi limitado entendimiento.

8. Volvamos ahora a nuestro castillo de muchas moradas. No debéis imaginar estas moradas como estancias dispuestas en fila, una detrás de otra, sino pensad en el centro, que es la sala o el palacio donde está el Rey. Imaginadlo como un fruto, un palmito, que para llegar a su parte comestible hay que atravesar muchas capas que lo rodean. Así ocurre aquí: alrededor de esa sala central hay otras moradas, y también por encima y por debajo.

Las realidades del alma deben contemplarse con amplitud y grandeza, porque no hay límites para su capacidad, que es mucho mayor de lo que podemos imaginar. Y en todas partes del alma se extiende la luz de ese sol que está en el palacio interior.

Esto es muy importante para cualquier alma que tenga vida de oración, sea mucha o poca. No la encasilléis ni la limitéis. Dejadla recorrer libremente estas moradas, subir, bajar y moverse hacia los lados, porque Dios le ha concedido una dignidad tan grande que no debemos forzarla a quedarse siempre en el mismo lugar.

¡Oh, y si se trata del propio conocimiento! Aunque es sumamente necesario (escuchad bien), incluso para las almas que el Señor ha llevado a la morada donde Él habita, nunca dejará de ser fundamental. Por muy elevadas que estén, siempre necesitarán este conocimiento, y aunque quisieran prescindir de él, no podrían, porque la humildad es un trabajo constante, como la abeja que no deja de hacer miel en la colmena: sin ella, todo está perdido.

Sin embargo, pensad también que la abeja no se queda encerrada en la colmena; sale a volar para buscar flores. Así debe hacer el alma en su propio conocimiento: creedme, debe volar de vez en cuando para contemplar la grandeza y la majestad de Dios. Ahí descubrirá su pequeñez con mayor claridad que si solo se mira a sí misma, y estará más libre de las pequeñas miserias que se encuentran en las primeras estancias, las del conocimiento propio.

Aunque, como digo, es una gran misericordia de Dios ejercitarse en este autoconocimiento, tanto exceso como defecto pueden ser perjudiciales. Creedme, con la fuerza de Dios obramos mejor que si estamos demasiado atadas a nuestra propia miseria.

9. No sé si me he explicado bien, porque el conocerse a uno mismo es tan importante que no quisiera que nunca hubiera descuido en esto, aunque estéis muy elevadas espiritualmente. Mientras estemos en esta vida, no hay nada más necesario que la humildad. Por eso insisto en que es muy bueno y provechoso entrar primero en la morada del autoconocimiento antes de querer volar hacia otras más altas.

Este es el camino seguro, y si podemos andar por un sendero llano y firme, ¿para qué querer alas para volar? Eso sí, buscad siempre cómo avanzar más en este conocimiento. A mi parecer, nunca terminamos de conocernos del todo si no procuramos conocer a Dios. Mirando su grandeza, descubrimos nuestra pequeñez; contemplando su pureza, reconocemos nuestra impureza; considerando su humildad, vemos cuán lejos estamos de ser verdaderamente humildes.

10. Hay dos beneficios en esto: el primero es que lo blanco parece mucho más blanco cuando se compara con lo negro, y, de igual manera, lo negro resalta más junto a lo blanco. El segundo beneficio es que nuestro entendimiento y nuestra voluntad se vuelven más nobles y están mejor dispuestos para el bien cuando nos mantenemos en relación constante con Dios. En cambio, si nunca salimos del barro de nuestras miserias, esto se convierte en un gran obstáculo.

Así como decíamos que quienes están en pecado mortal tienen pensamientos oscuros y corrompidos, de forma similar (aunque no tan graves, Dios nos libre, pues solo es una comparación), si vivimos siempre atrapados en la miseria de nuestra naturaleza, nunca podremos liberarnos del barro de los temores, la cobardía y la inseguridad: estar siempre pensando si me miran o no, si al seguir cierto camino me pasará algo malo, si me atreveré a empezar un proyecto, si hacerlo será un acto de soberbia, si una persona tan miserable como yo debería intentar algo tan elevado como la oración, si los demás pensarán que soy mejor de lo que realmente soy, si no sigo el mismo camino que todos los demás, creyendo que los extremos no son buenos, incluso en la virtud. Pensar que, como soy tan pecadora, una posible caída será más dura; que quizás no avanzaré y solo perjudicaré a los buenos, y que alguien como yo no necesita nada especial.

11. ¡Oh, válgame Dios, hijas mías! ¡Cuántas almas debe haber perdido el demonio por este camino! Muchas de ellas creen que su actitud es humildad, pero en realidad proviene de no comprenderse a sí mismas. El autoconocimiento, si no se entiende bien, puede volverse una trampa: nos encierra en nosotros mismos y nos aleja de la verdad. No me sorprende que esto suceda si nunca salimos de nuestro propio mundo interior, pues es fácil caer en este error.

Por eso os digo, hijas, que pongamos los ojos en Cristo, nuestro bien supremo. En Él aprenderemos la verdadera humildad. También podemos mirarnos en el ejemplo de los santos, y así se ennoblecerá nuestro entendimiento, como ya os he dicho. De este modo, el autoconocimiento no se convertirá en algo mezquino ni cobarde. Aunque esta sea la primera morada, es muy rica y de gran valor. Si conseguimos liberarnos de las pequeñas miserias que la rodean, podremos avanzar a moradas superiores.

El demonio tiene estrategias muy sutiles para evitar que las almas se conozcan a sí mismas y descubran el camino hacia Dios.

12. De estas primeras moradas puedo hablar con bastante experiencia. Por eso os digo que no penséis que hay pocas habitaciones en este castillo: imaginad millones de ellas. Las almas entran en estas moradas de muchas maneras, con intenciones buenas en general. Sin embargo, el demonio siempre actúa con mala intención y debe tener legiones de espíritus malignos en cada estancia para impedir que el alma avance de una morada a otra.

La pobre alma no se da cuenta de estas trampas. El demonio utiliza mil engaños para atraparla, cosa que no logra tan fácilmente con las almas que ya están más cerca del Rey. En estas primeras moradas, el alma todavía está muy ligada al mundo, sumergida en sus placeres, preocupada por honores y ambiciones vanas. Por eso, las facultades del alma (los sentidos y las potencias) están debilitadas y no pueden defenderse con la fuerza que Dios les ha dado por naturaleza. Así, aunque estas almas tengan el deseo de no ofender a Dios y realicen buenas obras, son fácilmente vencidas.

Las almas que se encuentren en este estado necesitan acudir con frecuencia a Dios, como puedan, y buscar la intercesión de la Virgen María y de los santos, para que luchen por ellas, ya que sus propias fuerzas no son suficientes para defenderse. En realidad, en cualquier estado de la vida espiritual dependemos de la ayuda de Dios. Que Su Majestad nos la conceda por su misericordia. Amén.

13. ¡Qué miserable es la vida que llevamos! En otra parte ya he hablado extensamente sobre el daño que nos causa no entender bien lo que es la humildad y el autoconocimiento. Por eso no me detendré más aquí, aunque es lo que más nos importa. Que el Señor, por su bondad, haya hecho que algo de lo que he dicho os sea de provecho.

14. Debéis tener en cuenta que, en estas primeras moradas, apenas llega la luz que irradia del palacio donde está el Rey. Aunque el alma no está en un estado de oscuridad total como cuando vive en pecado mortal, sí hay cierta falta de claridad que le impide ver con nitidez. Esto no se debe a un defecto en la propia alma —que no sé bien cómo explicar—, sino a las muchas cosas

negativas que la rodean: serpientes, víboras y otros venenos espirituales que entraron con ella y que le impiden ver la luz.

Es como si alguien entrara en una habitación iluminada por el sol, pero llevara tierra en los ojos y apenas pudiera abrirlos. La luz está ahí, pero esa persona no puede disfrutarla debido a su propia ceguera. Lo mismo le ocurre al alma que, aunque no está en un estado de pecado grave, sigue tan apegada a las cosas del mundo, a la riqueza, al honor o a los negocios, que no puede percibir su propia belleza ni gozar de la luz interior.

Para poder avanzar a las segundas moradas, es fundamental empezar a desprenderse de lo que no es necesario, cada uno según su estado de vida. Esto es tan importante para llegar a la morada principal que, si no se comienza a hacerlo, creo que es imposible avanzar. Incluso permanecer sin riesgo en la primera morada es difícil si no se deja atrás todo lo que envenena el alma. Entre tantas cosas nocivas, tarde o temprano, alguna acabará haciéndole daño.

15. Y, ¿qué sería, hijas mías, si las que ya estamos liberadas de estos obstáculos exteriores, como nosotras, y hemos entrado en moradas más interiores del castillo, volviéramos por nuestra propia culpa a estos enredos mundanos? Por desgracia, esto le ha sucedido a muchas personas que Dios había colmado de gracias, pero que, por su negligencia, regresaron a esta miseria espiritual.

Exteriormente, estamos libres de estas distracciones, pero pido al Señor que también lo estemos en nuestro interior. Guardaos, hijas mías, de preocuparos por asuntos que no os corresponden. Recordad que en casi todas las moradas del castillo los demonios siguen combatiendo. Es cierto que, en algunas de ellas, las facultades del alma tienen mayor fuerza para resistir, pero nunca debemos bajar la guardia. Es necesario estar atentas para reconocer las trampas del enemigo, que a veces se disfraza de ángel de luz.

El demonio puede dañarnos de muchas maneras sutiles, introduciéndose poco a poco en nuestra alma sin que nos demos cuenta hasta que ya ha hecho su trabajo.

16. Ya os dije antes que el demonio actúa como una "lima sorda", es decir, trabaja de forma silenciosa y disimulada. Por eso necesitamos identificar sus engaños desde el principio. Os pondré algunos ejemplos para que lo entendáis mejor.

Imaginad que a una hermana le surgen grandes deseos de penitencia, hasta el punto de que no se siente en paz si no está sufriendo de alguna manera. Este es un buen comienzo. Pero si la priora ha mandado que nadie haga penitencia sin su permiso, y la hermana, convencida de que en algo tan bueno puede desobedecer, empieza a hacerlo en secreto, puede llegar a dañar su salud y a incumplir la Regla. ¿Veis en qué ha terminado ese buen principio?

Otro ejemplo: a una hermana le nace un gran celo por la perfección, lo cual también es muy bueno. Pero de ahí puede derivarse que cualquier falta, por pequeña que sea, en sus hermanas le parezca una gran falta. Esto podría llevarla a vigilar constantemente a las demás, a informar a la priora de sus errores y, a veces, incluso a no ver los suyos propios debido a su obsesión con la perfección ajena.

Las demás hermanas, que quizá no comprendan bien el trasfondo espiritual de su actitud, podrían no recibirlo de la mejor manera. Por eso, incluso en cosas buenas, debemos tener cuidado y discernir bien los movimientos de nuestro corazón, porque el demonio puede colarse disfrazado de virtud.

17. Lo que el demonio busca aquí no es poca cosa: quiere enfriar la caridad y el amor entre nosotras, lo cual sería un gran daño. Entendamos, hijas mías, que la verdadera perfección consiste en el amor a Dios y al prójimo, y que, cuanto más perfectamente guardemos estos dos mandamientos, más perfectas seremos. Toda nuestra Regla y Constituciones no son otra cosa que medios para ayudarnos a vivir estos mandamientos con mayor perfección.

Dejemos de lado esos celos indiscretos que pueden causarnos mucho daño. Que cada una se mire a sí misma, porque ya os he hablado bastante sobre esto en otra parte y no quiero extenderme más.

18. Este amor entre nosotras es tan importante que nunca querría que lo olvidaseis. Si nos dedicamos a fijarnos en pequeñeces de las demás, que a veces ni siquiera serán imperfecciones —sino que, por nuestra falta de comprensión, las interpretamos de la peor manera—, el alma puede perder la paz e incluso perturbar la de las demás. Mirad si sería costosa esa “perfección” mal entendida.

El demonio también podría sembrar esta tentación en el corazón de la priora, lo cual sería aún más peligroso. Por eso se necesita mucha discreción. Si se trata de cosas que van en contra de la Regla o las Constituciones, no siempre debe mirarse con indulgencia: es necesario advertirlo con caridad y, si no hay enmienda, comunicarlo al prelado. Esto, bien hecho, es un acto de verdadera caridad.

Lo mismo se aplica con las hermanas, si se trata de algo grave. Callar por miedo a que sea una tentación podría ser, en sí mismo, otra tentación. Sin embargo, hay que tener mucho cuidado para que el demonio no nos engañe: no debemos tratar estos asuntos con otras hermanas que no puedan aportar una solución, porque de ahí podría nacer la murmuración, y el demonio sacaría gran provecho.

Debemos hablarlo únicamente con quien pueda ayudar a corregir el problema, como ya he dicho. Gracias a Dios, en nuestra comunidad esto tiene

menos oportunidad de suceder, porque se guarda un silencio continuo, pero nunca está de más permanecer vigilantes.

SEGUNDAS MORADAS

CAPÍTULO ÚNICO

Trata de la importancia de la perseverancia necesaria para alcanzar las últimas moradas, de la gran lucha que presenta el demonio y de lo fundamental que es no equivocarse en el camino desde el principio. Para acertar, se ofrece un medio que ha demostrado ser muy eficaz.

1. Ahora vamos a hablar de cuáles son las almas que entran en las segundas moradas y qué hacen en ellas. Quisiera decir poco, porque ya he tratado este tema en otras partes de manera extensa, pero será imposible no repetir algunas cosas, ya que no recuerdo con precisión lo dicho antes. Si supiera explicarlo de diferentes maneras, estoy segura de que no os cansaríais, del mismo modo que nunca nos aburrimos de leer libros espirituales, por muchos que sean.

2. En estas moradas están las almas que han comenzado a tener vida de oración y han comprendido lo importante que es no quedarse en las primeras moradas. Sin embargo, todavía no tienen la determinación firme de alejarse por completo de las ocasiones de pecado, lo cual es un gran peligro. Aun así, es una gran misericordia que, al menos en algunos momentos, intenten apartarse de las tentaciones y comprendan que es necesario hacerlo.

Estas almas enfrentan más trabajo que las que están en las primeras moradas, aunque el peligro sea menor, porque ya empiezan a ser conscientes de su situación y hay gran esperanza de que avanzarán más. Digo que tienen más trabajo porque, comparándolas con una persona sorda y muda, los que no oyen ni hablan tal vez sufran menos, ya que no sienten la frustración de no poder responder. Pero, al mismo tiempo, oír y comprender es un gran don.

Así sucede con estas almas: empiezan a escuchar los llamados de Dios. A medida que se acercan más a Su Majestad, Él, con su infinita misericordia y bondad, las llama de muchas maneras, incluso cuando están distraídas en sus asuntos mundanos, en placeres y entretenimientos, e incluso cuando caen y se levantan del pecado. A pesar de que estas "bestias ponzoñosas" (las tentaciones

y pasiones) las hacen tropezar, el Señor no deja de llamarlas, con una voz tan dulce que el alma siente una profunda tristeza por no obedecer de inmediato. Por eso, este estado puede ser más difícil que no oír nada en absoluto.

3. No digo que estos llamados sean visiones o revelaciones extraordinarias, de las que hablaré más adelante. Se trata de palabras que escuchan en sermones, en conversaciones con personas de bien, en la lectura de libros espirituales, o incluso a través de enfermedades y dificultades. También pueden venir en forma de verdades que Dios les muestra durante la oración, por muy débil que esta sea.

No subestiméis esta primera gracia ni os desaniméis si no respondéis de inmediato al Señor, porque Su Majestad sabe esperar muchos días e incluso años, especialmente cuando ve perseverancia y buenos deseos. Esto es lo más importante aquí: la perseverancia. Con ella, siempre se gana mucho.

Pero es en este punto donde el alma enfrenta una gran lucha. Los demonios atacan con más fuerza y causan mayor angustia que en la etapa anterior. En las primeras moradas, el alma estaba casi sorda y apenas ofrecía resistencia, como quien ya ha perdido la esperanza de vencer. Ahora, en cambio, el entendimiento está más despierto y las facultades del alma son más activas. Las tentaciones se presentan con más claridad y fuerza, y el alma no puede evitar escucharlas.

Aquí es donde los demonios muestran todos sus engaños: presentan los placeres del mundo como si fueran eternos, exaltan la importancia de la fama y las relaciones humanas, siembran preocupaciones por la salud cuando el alma desea practicar la penitencia, y ofrecen mil excusas y obstáculos para apartarla del camino de la virtud.

4. ¡Oh Jesús, qué confusión provoca el demonio en este momento y cuán afligida queda el alma, que no sabe si avanzar o retroceder a la comodidad de la primera morada! Por un lado, la razón le muestra que todo lo que el mundo ofrece es un engaño comparado con lo que busca; la fe le enseña lo que verdaderamente le conviene; la memoria le recuerda la fugacidad de la vida y la muerte de aquellos que disfrutaron de los bienes mundanos, cómo pronto fueron olvidados y cómo sus cuerpos se corrompieron en la tumba.

La voluntad, por su parte, se inclina a amar a Aquel que ha mostrado tanto amor por ella y que nunca la ha abandonado, dándole vida y existencia. El entendimiento le hace ver que no encontrará mejor amigo que Dios, aunque viva muchos años, y que el mundo está lleno de falsedad. Los placeres que el demonio ofrece están llenos de preocupaciones, contradicciones y desilusiones. Le muestra que fuera de este castillo no hay paz ni seguridad, y le aconseja dejar de buscar en otros lugares lo que ya posee en su interior: una casa llena de

bienes, con un Huésped que quiere hacerla dueña de todo, si ella no prefiere andar perdida, como el hijo pródigo, alimentándose de comida para cerdos.

5. Estas son razones poderosas para vencer al demonio. Pero ¡ay, Señor!, la costumbre de vivir en la vanidad del mundo y ver que todos se ocupan de lo mismo lo estropea todo. La fe está tan debilitada que preferimos lo que vemos a lo que ella nos enseña, aunque lo que vemos sea la miseria de quienes persiguen estos bienes efímeros.

Es como si una persona hubiera sido mordida por una víbora: el veneno se extiende por todo su cuerpo, causando hinchazón y dolor. Así ocurre con el alma: no se protege de las malas influencias, y es necesario un tratamiento intenso para sanar. Dios nos concede una gran misericordia si no morimos espiritualmente a causa de este veneno.

Ciertamente, el alma pasa por grandes dificultades en esta etapa. Si el demonio percibe que tiene cualidades y disposición para avanzar mucho en la vida espiritual, movilizará todo su poder para hacerla retroceder. Todo el infierno se unirá para intentar sacarla del castillo.

6. ¡Oh, Señor mío!, aquí necesitamos de tu ayuda, porque sin ella no podemos hacer nada. Por tu misericordia, no permitas que esta alma se deje engañar y abandone lo que ha empezado. Concédete luz para que vea que en esto está todo su bien y para que se aleje de malas compañías. Es de gran importancia relacionarse con personas que también buscan este camino, no solo con quienes están en el mismo punto que ella, sino con aquellos que ya han avanzado más, porque esto le será de gran ayuda y, con el tiempo, podrían llevarla consigo a niveles más altos.

Debe estar siempre alerta para no dejarse vencer, porque si el demonio ve que tiene una determinación firme de que prefiere perder la vida, la paz y todo lo que el mundo le ofrece antes que volver atrás, pronto la dejará en paz. Sea valiente, no como aquellos que se rendían antes de la batalla, sino decidida a luchar contra todos los demonios, sabiendo que las mejores armas son las de la cruz.

7. Aunque ya lo he dicho antes, es tan importante que lo repito aquí: no esperéis encontrar consuelos en lo que habéis comenzado, porque es una forma muy pobre de edificar un proyecto tan grande y precioso. Si construimos sobre arena, todo se vendrá abajo, y viviréis en continua insatisfacción y tentación.

Estas no son las moradas donde llueve el maná del cielo; esas están más adelante, donde el alma solo desea lo que Dios desea. Es absurdo que, aún llenas de imperfecciones, con virtudes que apenas han empezado a brotar, tengamos la desvergüenza de querer consuelos en la oración y quejarnos de la sequedad espiritual. No permitáis que os pase esto, hermanas. Abrazad la cruz

que vuestro Esposo llevó sobre sus hombros y entended que esa debe ser vuestra tarea. La que pueda sufrir más por Él, que lo haga, porque será la que salga mejor librada. Si el Señor os concede algún consuelo, dadle muchas gracias, pero no lo busquéis como fin.

8. Puede que penséis que estáis dispuestas a soportar los sufrimientos exteriores si Dios os concede consuelos interiores. Pero Su Majestad sabe mejor que nosotras lo que nos conviene. No hay necesidad de decirle qué debe darnos, pues podría respondernos que no sabemos lo que pedimos.

El objetivo de quien comienza en la oración —y no olvidéis esto, porque es fundamental— debe ser trabajar con todas sus fuerzas para conformar su voluntad con la de Dios. En esto consiste la mayor perfección que se puede alcanzar en la vida espiritual: quien logre esto con mayor perfección recibirá más del Señor y estará más adelantado en el camino. No penséis que hay aquí secretos misteriosos; todo se resume en esto.

Si erramos desde el principio, queriendo que Dios haga lo que nosotras imaginamos, ¿cómo puede sostenerse este edificio? Hagamos lo que está en nuestras manos y cuidémonos de las tentaciones. Muchas veces Dios permite que suframos tentaciones y sequedades espirituales para que aprendamos a protegernos mejor y para poner a prueba nuestro arrepentimiento por haberle ofendido.

9. Por eso, no os desaniméis si alguna vez caéis. No dejéis de esforzaros por avanzar, porque incluso de esa caída Dios puede sacar un bien, como quien prueba un remedio bebiendo veneno primero para demostrar su eficacia.

Si no viéramos nuestra miseria en otra cosa, bastaría con darnos cuenta de lo difícil que es volver a centrarnos después de habernos dispersado. ¿Hay mayor mal que no encontrarnos en paz ni siquiera dentro de nosotras mismas? ¿Cómo podemos esperar hallar descanso en otras cosas si no lo encontramos en nuestro propio interior?

Y lo más triste es que incluso nuestras propias facultades, que deberían ser nuestras aliadas, parecen hacernos la guerra, como si se rebelaran contra los daños que les han causado nuestros vicios.

¡Paz, paz!, dijo el Señor, y lo repitió muchas veces a sus apóstoles. Creedme, hermanas mías, si no tenemos paz en nuestro interior, no la encontraremos en ninguna parte. Que termine ya esta batalla. Por la sangre que Cristo derramó por nosotras, os pido a las que aún no habéis empezado este camino que no temáis iniciarlo; y a las que ya habéis comenzado, que no retrocedáis.

Recordad que una recaída es peor que una caída. Confíad en la misericordia de Dios y no en vuestras propias fuerzas, y veréis cómo Su Majestad os llevará

de una morada a otra, hasta llegar a ese lugar donde ni las tentaciones podrán tocaros ni cansaros. Allí, vosotras dominaréis sobre ellas y disfrutaréis de bienes mucho mayores de los que jamás podríais imaginar, incluso en esta vida.

10. Como ya os expliqué cómo debéis actuar en estos momentos de turbación que provoca el demonio, y cómo la recogida interior no debe forzarse, sino hacerse con suavidad para que sea más constante, no me detendré mucho más en esto. Solo quiero insistir en que es muy útil tratar con personas experimentadas en la vida espiritual, porque a veces creeréis que estáis cometiendo grandes errores cuando, en realidad, no es así.

Mientras no abandonéis el camino, el Señor guiará todo para vuestro bien, aunque no encontréis a nadie que os enseñe. Pero si dejáis de intentarlo, no hay remedio; el alma se irá perdiendo poco a poco cada día más, y ojalá lleguéis a daros cuenta de ello a tiempo.

11. Puede que alguien piense que, si es tan peligroso retroceder, sería mejor no haber empezado nunca, y quedarse fuera del castillo. Ya os dije al principio —y el mismo Señor lo dice— que quien se expone al peligro termina cayendo en él, y que la puerta para entrar en este castillo es la oración.

Pensar que podemos llegar al cielo sin entrar dentro de nosotras mismas, sin conocernos, sin reflexionar sobre nuestra miseria y sin pedirle a Dios misericordia, es un error. El Señor dice: «Nadie llega al Padre sino por mí»; y también: «Quien me ve a mí, ve al Padre».

Pues si nunca lo miramos ni consideramos lo que le debemos, ni la muerte que sufrió por nosotras, ¿cómo podemos conocerlo y servirle de verdad? La fe sin obras y sin unirnos al valor de los méritos de Jesucristo, ¿qué peso puede tener? ¿Quién nos despertará al amor de este Señor si no lo buscamos en la oración?

Que Su Majestad nos conceda comprender cuánto le costamos y que no somos más que nuestro Señor. Que entendamos lo que debemos hacer para gozar de su gloria y que, para lograrlo, necesitamos orar para no caer continuamente en la tentación.

TERCERAS MORADAS

CAPÍTULO 1

Trata de la poca seguridad que podemos tener mientras vivimos en este destierro, aunque el estado espiritual sea elevado, y de la importancia de vivir con temor de Dios. Se presentan algunos puntos importantes.

1. A quienes, por la misericordia de Dios, han vencido estos combates y, con perseverancia, han entrado en las terceras moradas, ¿qué podemos decirles sino: *Bienaventurado el hombre que teme al Señor?* No es poca cosa que Su Majestad me haya hecho comprender ahora el verdadero sentido de este verso, a pesar de mi torpeza. Y con razón lo llamamos bienaventurado, pues, si no se desvía del camino emprendido, podemos entender que lleva un rumbo seguro hacia su salvación.

Aquí veréis, hermanas, lo importante que es haber vencido las batallas anteriores, porque estoy segura de que el Señor nunca deja de concederle al alma una paz interior y una seguridad de conciencia, que no es un bien menor. Digo "seguridad", y me equivoco al decirlo así, porque en esta vida no existe tal cosa. Por eso, entended siempre que me refiero a una seguridad condicional: *si el alma no abandona el camino iniciado.*

2. Es una gran miseria vivir en este mundo sabiendo que siempre debemos estar en guardia, como aquellos que tienen al enemigo acechando a la puerta, sin poder dormir ni comer tranquilos, siempre armados, atentos a cualquier grieta por donde pueda colarse el peligro.

¡Oh, Señor mío y bien mío!, ¿cómo queréis que deseemos una vida tan angustiosa, si no es con la esperanza de entregarla por Vos o de gastarla por completo en vuestro servicio? Y, sobre todo, si no entendemos que es vuestra voluntad que sigamos aquí. Si así lo queréis, Dios mío, muramos con Vos, como dijo Santo Tomás, porque vivir sin Vos, y con el temor constante de poder perderos para siempre, no es otra cosa que morir mil veces.

Por eso digo, hijas mías, que la verdadera bienaventuranza que debemos pedir es estar ya en la seguridad del cielo, junto a los bienaventurados. ¿Qué consuelo puede tener quien encuentra toda su alegría en agradar a Dios si vive con el temor de ofenderle? Considerad que este mismo temor, y aún mayor, lo

tuvieron algunos santos que cayeron en graves pecados. Y no tenemos garantía de que Dios nos concederá la gracia de levantarnos si llegamos a caer, ni de que haremos la penitencia necesaria, porque ese auxilio particular depende de Su voluntad.

3. Por cierto, hijas mías, que siento tanto temor al escribir esto que no sé cómo lo hago ni cómo sigo viviendo cuando lo recuerdo, cosa que me ocurre muy a menudo. Pedidle a Su Majestad que viva siempre en mí, porque, si no es así, ¿qué seguridad puede tener una vida tan malgastada como la mía?

No os apenéis al escuchar que esto es verdad, aunque a veces he visto en vosotras cierta tristeza cuando os lo digo. Entiendo que desearíais que hubiera sido muy santa, y tenéis toda la razón; yo también lo desearía. Pero ¿qué puedo hacer si lo he perdido por culpa mía? No puedo quejarme de Dios, que siempre me ha dado suficientes ayudas para cumplir con esos deseos. No puedo decir esto sin lágrimas y una gran vergüenza, al ver que estoy escribiendo para personas que podrían enseñarme a mí.

¡Qué dura es la obediencia! Que el Señor, por quien lo hago, permita que estas palabras os sirvan de algo, aunque solo sea para que le pidáis que perdone a esta miserable atrevida. Pero Su Majestad sabe bien que solo puedo confiar en su misericordia. Y ya que no puedo cambiar lo que he sido, no tengo otro remedio que aferrarme a ella y confiar en los méritos de su Hijo y de la Virgen, su Madre, cuyo hábito visto indignamente, al igual que vosotras.

Alabad al Señor, hijas mías, pues sois verdaderamente hijas de esta Señora. No tenéis por qué avergonzaros de que yo sea indigna, porque tenéis una Madre tan excelsa. Imitadla y considerad la grandeza de esta Señora y la dicha de tenerla por patrona, pues ni siquiera mis pecados ni mi miseria han logrado empañar el esplendor de esta sagrada Orden.

4. Pero os advierto una cosa: no os sintáis seguras solo por tener una Madre tan excelsa. David fue un hombre muy santo, y ya veis lo que le ocurrió; lo mismo pasó con Salomón. Tampoco os confiéis por el hecho de vivir encerradas, practicar penitencia, dedicaros constantemente a la oración, estar alejadas del mundo y, a vuestro parecer, tenerlo todo aborrecido. Todo esto es bueno, pero no es suficiente —como ya he dicho— para que dejemos de temer. Por eso, recordad y repetid a menudo este verso: *Beatus vir, qui timet Dominum* (Bienaventurado el hombre que teme al Señor).

5. Ya no sé lo que estaba diciendo, porque me he distraído mucho y, al pensar en mí misma, se me quitan las ganas de decir algo provechoso. Así que lo dejaré aquí por ahora.

Volviendo a lo que os empecé a decir sobre las almas que han llegado a las terceras moradas, el Señor les ha concedido una gran gracia al haber superado

las primeras dificultades. Por la bondad de Dios, creo que hay muchas almas así en el mundo: personas muy deseosas de no ofender a Su Majestad, que se guardan incluso de los pecados veniales, que aman la penitencia, dedican tiempo al recogimiento, aprovechan bien su tiempo y practican obras de caridad con el prójimo. Son cuidadosas en su forma de hablar, vestir y en el buen gobierno de su casa, si es que la tienen.

Ciertamente, es un estado digno de desear, y, al parecer, no hay razón para que se les niegue la entrada a las últimas moradas. El Señor no se la negará si ellas lo desean de verdad, porque están bien dispuestas para recibir todas sus gracias.

6. ¡Oh, Jesús! ¿Y quién dirá que no quiere un bien tan grande, después de haber pasado por lo más difícil? Nadie. Todas decimos que lo queremos. Pero, como aún es necesario más para que el Señor posea completamente el alma, no basta con decirlo, igual que no le bastó al joven rico cuando el Señor le dijo lo que debía hacer para ser perfecto.

Desde que empecé a hablar de estas moradas, lo tengo presente, porque nos parecemos mucho a él. Y es aquí donde, generalmente, surgen esas grandes sequedades en la oración, aunque también puedan deberse a otras causas. Dejo de lado, por ahora, los sufrimientos interiores que padecen muchas almas buenas, que son muy duros e incluso insoportables, sin que tengan culpa de ello. En estos casos, el Señor siempre saca un gran bien de ese dolor. También hay que considerar a quienes sufren melancolía y otras enfermedades. En fin, en todo debemos dejar el juicio en manos de Dios.

Sin embargo, según mi experiencia, lo más común es lo que he dicho: estas almas, al ver que jamás cometerían un pecado mortal, y que incluso evitan conscientemente los veniales, que emplean bien su vida y sus bienes, no pueden aceptar con paciencia que se les cierre la puerta para entrar donde está nuestro Rey, a quien se consideran —y son— sus siervas.

Pero, aunque un rey de la tierra tenga muchos servidores, no todos entran en su cámara privada. Entrad, entrad, hijas mías, en vuestro interior; id más allá de vuestras pequeñas obras, porque, siendo cristianas, estáis obligadas a hacer todo eso y mucho más. Basta con que seáis siervas de Dios, pero si ambicionáis tanto sin la disposición necesaria, podéis quedaros sin nada.

Mirad a los santos que entraron en la cámara del Rey y veréis la diferencia que hay entre ellos y nosotras. No pidáis lo que no habéis merecido, ni penséis que, por mucho que sirvamos, lo tenemos merecido quienes hemos ofendido a Dios.

7. ¡Oh, humildad, humildad! No sé qué tentación tengo en este asunto que me impide creer del todo a quienes se preocupan tanto por estas sequedades

espirituales; me parece que en parte se debe a una falta de humildad. No me refiero aquí a los grandes sufrimientos interiores de los que ya he hablado, porque esos son mucho más que simples faltas de devoción.

Pongámonos a prueba, hermanas mías, o dejemos que el Señor nos pruebe, que Él sabe muy bien cómo hacerlo, aunque muchas veces no queramos entenderlo. Consideremos a estas almas tan ordenadas en su vida y veamos qué hacen realmente por Dios. Así veremos que no tenemos razón para quejarnos de Su Majestad.

Si le damos la espalda y nos alejamos tristes, como el joven rico del Evangelio cuando el Señor le dijo lo que debía hacer para ser perfecto, ¿qué queréis que haga Su Majestad? Él da el premio de acuerdo con el amor que le tenemos. Y este amor, hijas mías, no debe ser algo imaginario, fabricado en nuestra mente, sino probado con obras. No penséis que Dios necesita nuestras obras, pero sí necesita la determinación firme de nuestra voluntad.

8. Puede parecernos que, por tener el hábito religioso, haberlo tomado libremente y haber dejado atrás las cosas del mundo por amor a Dios (aunque fuesen tan simples como las redes de San Pedro, que ya le parecieron un gran sacrificio porque dio lo que tenía), ya lo hemos hecho todo.

Sin duda, es un buen comienzo si perseveramos en ese desprendimiento y no volvemos, ni siquiera con el pensamiento, a las pequeñeces de las primeras etapas. No hay duda de que si perseveramos en esta desnudez y renuncia de todo, alcanzaremos lo que buscamos.

Pero debe ser con una condición —y os lo advierto bien—: que nos consideremos siervas inútiles, como dice San Pablo o el mismo Cristo, y que no pensemos que hemos obligado al Señor a concedernos grandes gracias. Al contrario, cuanto más hemos recibido de Él, más en deuda estamos.

¿Qué podemos hacer por un Dios tan generoso, que nos creó, nos da la vida y murió por nosotras? ¿No deberíamos sentirnos felices solo por poder devolverle, aunque sea un poco, de lo que le debemos? Toda su vida en el mundo fue un continuo servicio a la humanidad, y, sin embargo, aquí estamos pidiéndole más favores y consuelos.

9. Reflexionad bien, hijas mías, sobre algunas de las cosas que he señalado aquí, aunque estén dichas de forma un poco desordenada, porque no sé explicarlas mejor. El Señor os dará luz para comprenderlas, de modo que podáis sacar de las sequedades espirituales humildad en lugar de inquietud, que es precisamente lo que el demonio pretende.

Creedme: donde hay verdadera humildad, aunque Dios no conceda consuelos, siempre habrá paz y conformidad, y esa paz será más valiosa que los

consuelos mismos. Quien vive con esta disposición interior estará más contenta que quienes reciben regalos espirituales.

Muchas veces, como habéis leído, la divina Majestad concede consuelos a los más débiles, aunque creo que estos, si pudieran elegir, preferirían la fortaleza de aquellos que perseveran en la sequedad espiritual. Somos más amigos de los consuelos que de la cruz.

Pruébanos, Señor, Tú que conoces la verdad, para que podamos conocernos mejor a nosotras mismas.

CAPÍTULO 2

Se continúa tratando sobre las sequedades en la oración, lo que podría suceder según parece, y la necesidad de probarnos a nosotras mismas. También se habla de cómo el Señor prueba a quienes se encuentran en estas moradas.

1. He conocido algunas almas, y creo que puedo decir que no pocas, que han llegado a este estado de madurez espiritual, viviendo durante muchos años con rectitud y orden tanto en el alma como en el cuerpo, hasta donde se puede entender. Después de todo ese tiempo, cuando parecía que ya estaban desapegadas del mundo o, al menos, bien desengañadas de él, el Señor quiso probarlas con dificultades no muy grandes, y sin embargo, se vieron tan inquietas y angustiadas que a mí misma me dejaban perpleja e incluso temerosa.

Darles consejo resulta inútil, porque, al haber tratado tanto sobre la virtud, creen que pueden enseñar a otros y que tienen plena razón en la forma en que perciben sus dificultades.

2. En definitiva, no he encontrado ni encuentro otro consuelo para este tipo de personas que brindarles comprensión y compartir su dolor—un dolor que, en verdad, es profundo al verlas sometidas a tanta miseria—sin contradecir sus argumentos. Todas justifican su angustia afirmando que la sienten «por Dios», y es precisamente por eso que no logran comprender que se trata de una imperfección. Este es otro tipo de engaño, capaz de afectar incluso a personas muy avanzadas en la vida espiritual.

Que sientan dolor o malestar no debería sorprendernos, aunque a mi parecer, ese sentimiento debería desaparecer pronto. Muchas veces, Dios permite que sus elegidos experimenten su propia fragilidad, apartando un poco su favor. No hace falta más para que nos reconozcamos tal como somos.

Se nota claramente que se trata de una prueba de Dios, porque estas almas se dan cuenta con claridad de sus debilidades, y a veces sienten más dolor al ver su falta de control frente a cosas insignificantes que por las propias dificultades que las afectan. Esto lo considero una gran misericordia de Dios; aunque es una falta, resulta muy provechosa para la humildad.

3. Pero en las personas de las que hablo, no ocurre así. Ellas llegan a considerar estos sentimientos como algo justificado, incluso deseando que otros los reconozcan como legítimos. Quiero explicar algunos de estos casos para que podamos entendernos mejor y examinarnos a nosotras mismas antes de que el Señor nos someta a prueba. Sería de gran ayuda estar prevenidas y haber reflexionado sobre ello con antelación.

4. Por ejemplo, una persona rica, sin hijos ni herederos, sufre una pérdida económica. No es una ruina total, ya que le queda suficiente para vivir cómodamente, tanto para ella como para su casa, con holgura de sobra. Si esta persona se inquieta y angustia como si no le quedara ni un trozo de pan para comer, ¿cómo podrá Dios pedirle que lo deje todo por Él?

Aquí podría justificarse diciendo que su dolor se debe a que quería usar ese dinero para los pobres. Yo creo que Dios prefiere que esa persona se conforme con lo que Su Majestad ha dispuesto y, aunque haga lo posible por remediar la situación, mantenga la paz en su alma, más que esa «caridad» inquieta.

Y si no lo logra porque aún no ha llegado a ese nivel de desprendimiento, al menos debería reconocer que le falta esa libertad de espíritu. Esto la dispondrá para que el Señor se la conceda, porque se lo pedirá con humildad.

Otro ejemplo: una persona tiene lo suficiente para vivir, incluso con holgura. Se le presenta la oportunidad de obtener más bienes. Si se lo ofrecen y lo acepta, está bien. Pero si lo busca con insistencia y, una vez conseguido, sigue deseando acumular más y más, aunque tenga la mejor intención (porque, como he dicho, estas personas son de oración y virtuosas), que no espere acercarse a las moradas más próximas al Rey.

5. Lo mismo ocurre si sufre algún desprecio o una leve ofensa contra su honor. Aunque Dios le conceda la gracia de soportarlo externamente con serenidad (pues Él suele fortalecer públicamente la virtud para que no se vea afectada la reputación de quienes le sirven), en su interior queda una inquietud que cuesta mucho superar.

¡Válgame Dios! ¿No son estas las mismas personas que han reflexionado tanto sobre los sufrimientos de Cristo y sobre lo valioso que es padecer por Él, e incluso lo han deseado? Quisieran que todos vivieran con el mismo orden y disciplina que ellas han alcanzado, y ojalá no lleguen a pensar que su malestar

se debe a la culpa de los demás, considerándolo incluso un mérito en su pensamiento.

6. Podría parecer, hermanas, que hablo de cosas que no tienen relación con vosotras, porque aquí no tenemos riquezas, ni las queremos ni las buscamos, ni tampoco sufrimos ofensas de nadie. Pero aunque estos ejemplos no se apliquen directamente a nuestra situación, de ellos se pueden extraer muchas enseñanzas útiles.

Estos casos os ayudarán a entender si estáis verdaderamente desprendidas de lo que habéis dejado atrás. Se presentan pequeñas pruebas —aunque no sean del mismo tipo— que os permiten examinaros y ver si sois dueñas de vuestras pasiones.

Creedme, no se trata solo de llevar el hábito religioso o no, sino de esforzarse en practicar las virtudes y en rendir nuestra voluntad a la de Dios en todo. Nuestra vida debe estar en conformidad con lo que Su Majestad quiera para nosotras, sin desear que se haga nuestra voluntad, sino la suya.

Y si aún no hemos llegado a este punto —como ya he dicho—, recurramos a la humildad, que es el mejor remedio para nuestras heridas. Si hay verdadera humildad, aunque la curación tarde, llegará el médico divino, que es Dios, para sanarnos.

7. Las penitencias que realizan estas almas son tan ordenadas como su vida: las valoran mucho porque desean servir al Señor con ellas, lo cual no es malo. Además, son muy prudentes al practicarlas para no dañar su salud. No temáis que lleguen a extremos, porque su razón está bien equilibrada; el amor aún no las ha llevado a perder la sensatez.

Sin embargo, me gustaría que tuviésemos un espíritu que no se conformara con esta forma tan moderada de servir a Dios, avanzando siempre con paso lento, porque así nunca terminaremos de recorrer este camino. Y aunque nos parezca que estamos avanzando y esforzándonos —pues, creedme, es un camino arduo—, apenas si logramos no perdernos.

Pero decidme, hijas: si para llegar de una ciudad a otra pudiéramos hacerlo en ocho días, ¿sería razonable tardar un año, deteniéndonos en posadas, atravesando nieves, lluvias y caminos difíciles? ¿No sería mejor avanzar de una vez, sin tantas pausas?

Este camino también está lleno de peligros, como serpientes al acecho. ¡Oh, qué bien podría yo hablar de esto! Y ojalá haya avanzado más allá, porque muchas veces siento que no.

8. Como caminamos con tanta prudencia humana, todo nos afecta, porque todo lo tememos. Así, no nos atrevemos a seguir adelante, como si esperáramos que alguien más recorriera el camino por nosotras. Pero eso no es posible.

Esforcémonos, hermanas mías, por amor al Señor. Dejemos nuestras razones y temores en sus manos; olvidemos esta debilidad natural que tanto nos ocupa. Que del cuidado del cuerpo se encarguen los superiores; que ellos decidan. Nosotras debemos centrarnos en avanzar con determinación para encontrarnos con este Señor.

Aunque recibáis pocos consuelos o ninguno, el excesivo cuidado por la salud puede ser un engaño. Además, os aseguro que no se ganará mucho por ese camino. También sé que el problema no está en lo que afecta al cuerpo, que es lo de menos. El verdadero avance es un caminar en profunda humildad.

Si lo entendéis bien, aquí radica la dificultad de quienes no progresan: debemos reconocer que apenas hemos dado unos pocos pasos y creerlo de verdad. Los avances de nuestras hermanas deben parecernos rápidos y admirables, y no solo debemos desear, sino esforzarnos sinceramente por ser consideradas las más humildes de todas.

9. Con esta disposición, este estado es verdaderamente excelente. De lo contrario, pasaremos toda nuestra vida estancadas en él, llenas de penas y miserias.

Porque, mientras no renunciemos por completo a nosotras mismas, el camino será duro y pesado. Vamos cargadas con el lastre de nuestra propia miseria, a diferencia de quienes han subido a las moradas superiores.

En esas moradas, el Señor no deja de recompensar, tanto con justicia como con misericordia, porque siempre da más de lo que merecemos. Nos concede *contentos* mucho mayores que cualquier placer o distracción de la vida. Sin embargo, no suele dar muchos *gustos* espirituales, salvo en ocasiones, para animarnos a seguir adelante y mostrarnos lo que nos espera en las moradas siguientes, preparando así el alma para entrar en ellas.

10. Tal vez penséis que *contentos* y *gustos* son lo mismo y os preguntéis por qué hago esta distinción. A mí me parece que hay una gran diferencia, aunque podría estar equivocada.

Explicaré lo que entiendo sobre esto cuando hable de las cuartas moradas, porque allí se manifestarán claramente los *gustos* que el Señor concede. Será el momento adecuado para explicarlo, y aunque pueda parecer irrelevante, tal vez sea de provecho.

Entender la diferencia entre ambas cosas puede ayudaros a esforzaros por alcanzar lo mejor. Es un gran consuelo para las almas que Dios lleva a ese

estado, y una llamada de atención para quienes creen tenerlo todo, pero tal vez no sea así.

Si son humildes, este conocimiento las llevará a dar gracias; si falta humildad, sentirán una especie de insatisfacción interior sin saber por qué.

Recordad que la perfección no está en los *gustos* espirituales, sino en amar más y en obrar mejor con justicia y verdad. El premio será para quien más ame y para quien más obras buenas haga.

11. Podríais preguntaros: ¿para qué hablar de estas gracias interiores y explicar en qué consisten, si lo importante es amar y obrar? Pues bien, no lo sé; preguntad a quien me ha ordenado escribir esto, porque mi deber no es discutir con los superiores, sino obedecer, y eso es lo que hago.

Lo que sí puedo deciros con sinceridad es que, cuando yo no tenía experiencia de estas gracias ni pensaba que llegaría a tenerla (y con razón, pues ya me habría bastado con saber que agradaba a Dios en algo), leer en los libros sobre las mercedes y consuelos que el Señor concede a las almas que le sirven me producía un gran gozo interior.

Este gozo me llevaba a alabar a Dios con fervor. Así que, si mi alma —tan miserable— reaccionaba así, ¡cuánto más lo harán las almas buenas y humildes!

Y aunque solo una persona se sintiera movida a alabar al Señor por esto, ya merecería la pena contarlo. Además, nos ayuda a comprender cuántos consuelos y deleites perdemos por nuestra falta de disposición.

Y aún más, si estas gracias vienen de Dios, están cargadas de amor y fortaleza, lo que nos permite avanzar más fácilmente y crecer en obras y virtudes.

No penséis que es poca cosa. Y si la falta de estas gracias no es por causa nuestra, el Señor es justo: Su Majestad os dará, por otros caminos, lo que os ha negado en este, según lo que considere mejor para vosotras. Sus caminos son misteriosos, pero sin duda nos conducen siempre hacia lo que más nos conviene.

12. Creo que sería de gran provecho para las almas que, por la bondad del Señor, se encuentran en este estado (porque no es poca misericordia haber llegado hasta aquí, ya que están muy cerca de avanzar más), que se esfuercen en la prontitud para obedecer.

Aunque no sean religiosas, sería muy útil —como hacen muchas personas— tener a alguien a quien rendir cuentas para no hacer su propia voluntad, que es donde solemos fallar más.

No busquéis a alguien que piense igual que vosotras, sino a quien esté verdaderamente desengañado de las cosas del mundo. Tratar con personas así ayuda mucho, porque, al ver cómo ellas superan con facilidad lo que a nosotras nos parece imposible, nos anima y fortalece.

Es como los pajarillos que aprenden a volar: al principio no dan grandes vuelos, pero poco a poco imitan a sus padres. Esto es de gran provecho; lo sé por experiencia.

Por muy decididas que estemos a no ofender al Señor, no debemos confiarnos ni exponernos a ocasiones de pecado. Aún estamos cerca de las primeras moradas y, si no somos cuidadosas, podríamos regresar a ellas con facilidad.

Nuestra fortaleza no está del todo firme, como la de quienes ya están acostumbrados a sufrir y han aprendido que las tempestades del mundo no deben ni temerse ni desearse.

Una gran persecución podría hacernos retroceder, porque el demonio sabe muy bien cómo tramar engaños. Incluso con el mejor celo, al intentar corregir los pecados ajenos, podríamos sucumbir a pruebas que no esperábamos.

13. En lugar de fijarnos tanto en las faltas ajenas, miremos las nuestras. Es propio de almas muy organizadas escandalizarse por todo, cuando quizá podríamos aprender mucho de aquellas personas que tanto nos sorprenden.

Puede que nos sintamos superiores en cuanto a la compostura exterior o el comportamiento, pero eso no es lo más importante. No esperemos que todos sigan nuestro camino ni pretendamos enseñar sobre la vida espiritual si ni siquiera sabemos bien en qué consiste.

Con estos deseos que Dios nos da de trabajar por el bien de las almas, podemos cometer muchos errores si no somos prudentes. Por eso es mejor vivir conforme a lo que dice nuestra Regla: «Vivid siempre en silencio y esperanza», porque el Señor cuidará de las almas.

Si nosotras no descuidamos la oración y suplicamos con fervor a Su Majestad, con su ayuda haremos mucho bien. Sea bendito por siempre.